

La metáfora se construye en base a la elipsis, al conocimiento exacto y preciso de la palabra y a la catadura de su economía.

En los ojos, la noche comienza a entenderse con los sueños de la otra orilla y esa poesía se afinsa en la página que es el lugar donde hace sombra y se proyecta.

Magaly Salazar Sanabria

<p>Jesús Morín Contravoces Caracas, Umbra Editores, 1997</p>

I

¿Con quién se amiga la voz en medio del griterío, de la sangre rítmica en la agonía de un gallo? Sólo el que tiene heridas cercanas a la muerte entiende el silencio en los ojos de un animal que acaba de repetir la puñalada, rodeado de un coro febril, empujado a un sacrificio antiquísimo, que sólo atiende a un deseo de superar la muerte y entenderla desde otra voz que sabe dónde estuvo mientras el cuerpo solitario tiembla sobre la cuerda o bajo las miradas de una noche de espera, porque la muerte, atizada por la algarabía, regresa siempre armada de espuelas, pico y plumaje de diversos mensajes.

II

Una voz completa la otra. Una herida se abre para fundar una más honda —el eco en viejo castellano— que recrea el dolor del animal fabulado por la sangre.

«Están aquí con la quemadura/ en la sangre / en el tañido de la apuesta / solos / al acecho/ golpeando graznido de la tarde».

El contrapunto, en el sentido de una trama donde la memoria viene del imaginario, crea, entonces, el tejido hecho libro en *Contravoces*, de Jesús Morín. El otro, el del padre, dilata la inflexión culta de la página anterior: «Ellos pasaron de madrugada y me convidaron. Les dije: el zambo no está listo. Y asina se lo llevaron. // Por la tarde, con los zancús me lo trajeron, jecho una pelota de sangre».

III

Contravoces (Umbral Editores, 1977) es un canto elegíaco donde —en la mejor tradición de la tragedia— destaca un coro silencioso, «imaginado», que podría ubicarse en el lector como posibilidad recreativa. Basta entrelazar las dos voces en estas páginas para pesar la presencia de un ente invisible, el que ata los hilos del diálogo: el gallo, como sujeto de indagación, previene la ausencia de otra tercera voz que impulsa la muerte y la consagra. La agonía, también parte del gallero, del apostador, renueva la cicatriz en los ojos del animal.

La tensión de una pelea de gallos suscita un lenguaje propiciatorio, toda una atmósfera donde, después y antes de la refriega, el amor se extiende sobre el cuerpo vivo, tenso y luego cadáver del gallo. El ritual se verbaliza, se hace texto en el que el animal y el hombre se hermanan, tanto que el gallero adversario lleva luto por el «otro», por el gallo y el gallero que fundamentan su tragedia en la herida que los últimos ojos del animal soportaron. Quien no haya visto los ojos de un gallo en estado agónico no conoce la muerte. En este trance, en el que un niño atrapa todas las imágenes, la memoria refunda la historia de una tradición a través de la poesía.

¿En qué espuela está la eternidad de un animal que ha sido preparado para retener el dolor en el cuello roto? ¿En qué silencio será posible, el canto de la víspera? El poema revela que la agonía a veces es muy larga. El aliento de la muerte también

guarda un texto para encontrar el cuerpo de un gallo cuya
pasión será descubierta.

Alberto Hernández